

IV. EL COLECCIONISMO

Desde que el hombre existe, ha sentido la apremiante necesidad de tener junto a él diversos objetos. En la infancia, los niños pequeños coleccionan estampas, reúnen sus juguetes preferidos, recogen chapas. En la adolescencia, los jóvenes recopilan música, fotografías de sus ídolos favoritos, guardan con celo las cartas de sus amigos. En la edad adulta, nos encontramos colecciones de revistas, álbumes de familia, etc., cosas que por una u otra razón invaden nuestra existencia y poseen para nosotros un valor especial. El coleccionismo es, por lo tanto, innato al ser humano desde sus propios orígenes, desde aquel momento en que el hombre tuvo sus propias ideas sobre él mismo y el mundo.

En la vida diaria, se acumula por simple necesidad, troncos para calentar un hogar, alimentos, objetos de carácter funcional para hacer más cómoda la vida. Algunos animales como los hámsters, los ratones y las ardillas no sólo recogen la comida sino también la almacenan. Por ejemplo, los perros, tienden a enterrar los huesos guardándolos como reserva. Sin embargo, existen pájaros en Nueva Guinea y Australia que pintan sus nidos de color púrpura, con el jugo de las fresas, y los decoran con elementos brillantes como piedras, conchas o plumas, es decir, buscan un sentido estético.

Los animales “reúnen” por pura necesidad biológica, como señal de su especie, o para marcar el territorio que les pertenece. Los objetos, son absolutamente indispensables para su existencia, tienen un sentido y un significado único. El hombre desde niño los colecciona ya que poseen para él un carácter especial, ajeno al del objeto en sí mismo. Son valores añadidos,

ya sean, estéticos, sentimentales, mágicos o religiosos. Valores fuera de la constitución y significado original de la pieza, creados a partir de su descontextualización.

“Los objetos tiene dos funciones: pueden ser utilizados o poseídos.”¹

Despojado de su actividad práctica, se produce un proceso de abstracción en el objeto, ya no tiene el sentido que poseía anteriormente, sino otro u otros nuevos. Se establece por tanto una relación estrecha entre el sujeto y el objeto, llegando a convertirse este último, en pieza de colección.

Nosotros elegimos lo que nos gusta para crear nuestro pequeño microcosmos. Las casas, son diferentes porque las personas también lo son, sin darnos cuenta comenzamos a formar una relación estrecha con los elementos que nos rodean, empezamos a amar nuestras cosas, e incluso a veces a apasionarnos con ellas.

El instinto coleccionista aparece en una edad temprana. Según algunos pedagogos, entre los tres y los seis años cuando el niño comienza a tener conciencia de sí mismo, reconociendo su propia existencia. Antes de la pubertad, entre los seis y los doce empieza a coleccionar todo aquello que se encuentra a su alrededor, lo que constituye su mundo, objetos que carecen de importancia para un adulto, aunque para él constituya un auténtico tesoro. Se trata, de una forma de control, de organizar aquello que no le es propio, el mundo exterior. Durante la pubertad, entre los doce y los dieciocho años, este tipo de coleccionismo infantil empieza a debilitarse. Lo normal es

¹ Baudrillard, Jean. “The System of Collecting”, en *The Cultures of Collecting*. London: Reaktion Books, 1994. P. 8.

coleccionar fotografías de actores, actrices y cantantes favoritos, así como, deportistas famosos. La tendencia hacia el coleccionismo que se desarrolla en la pubertad, regresa con fuerza, según algunos psicólogos, a partir de los cuarenta años, en el sexo masculino.

El retorno del instinto coleccionista a partir de esta edad, está en relación, según apunta Jean Baudrillard, con una menor actividad sexual. Baudrillard en *“The System of Collecting”*, reflexiona sobre las ideas que Maurice Rheims elaboró sobre el tema. Cuando se produce el periodo de mayor actividad sexual (desde los trece hasta los cuarenta años), el afán coleccionista, desarrollado durante la infancia, tiende a decaer. Sin embargo, al llegar los cuarenta, surge de nuevo el capricho y la necesidad de reunir cosas. Para el adulto, el objeto se convierte en un fetiche, no es un material amado, es un producto del deseo, de la pasión, se controlan las cosas porque no se pueden controlar las personas.

Dentro de esta misma idea, Baudrillard habla de dos tipos de coleccionistas: aquellos especialistas que coleccionan objetos importantes y los que acumulan cosas intrascendentes. Los primeros buscan la unicidad, por ejemplo una obra de arte que sea única. En este caso, la pieza se identifica con la persona, y como ella es singular. Los segundos, buscan un sentido de orden, de disposición de las cosas. Puede decirse que en el primer caso hay un coleccionismo cualitativo y en el segundo cuantitativo.

Ahora bien, tanto uno como otro desean ampliar su colección, poseer mayor número de objetos. El entendido en pintura, aspira a conseguir otras piezas más relevantes, al igual que el aficionado a los llaveros ansía tener muchos más. En este aspecto no hay diferencia entre unos y otros.

La perversión, el deseo desmedido ante una pieza, puede llevar a establecer con ella una relación de culpabilidad. Algunos coleccionistas las esconden, con el único propósito de que sólo puedan ser contempladas por ellos mismos. La clandestinidad, el secretismo, la locura hacia el objeto, lo convierten en materia de lujuria.

“Este fanatismo es idéntico tanto para el hombre rico especialista en miniaturas persas como para el pobre que acumula cajas de cerillas.”²

El coleccionismo, es una actividad humana, en relación con la cultura, la formación y la idiosincrasia de la persona. No podemos hablar de un solo tipo de colección o de una tendencia hacia el mismo. Las formas de acumulación son muy variadas y van desde las cajetillas de tabaco, hasta las colecciones de elementos preciosos y caros. Es la pasión llevada al límite, la fuerza de los sentimientos sobre la razón, del poder de la materia frente al hombre.

La historia del coleccionismo, es la propia historia del ser humano, desde que se identificó como tal, como sujeto superior e inteligente. No existen normas a la hora de coleccionar objetos, las personas coleccionan una amplia gama de los mismos, muchos de los cuales nos pueden parecer incluso absurdos. Existen colecciones de llaveros, papeles de chocolatinas, ceniceros, toallas de hotel, animales exóticos, joyas, piezas de arte y fetiches de ídolos. Todo, absolutamente todo, es coleccionable. Los objetos pueden llegar a ser especiales, diferentes a su propia naturaleza, simplemente por la propia intervención humana.

² Baudrillard, Jean. “The System of Collecting”, en *The Cultures of Collecting*. London: Reaktion Books, 1994. P. 9.

“El nacimiento del concepto de colección tuvo lugar, en el momento, en que el objeto perdió su significado originario y comenzó a adquirir una multitud de nuevos sentidos.”³

Estos nuevos sentidos no hacen referencia únicamente a la pieza, sino a las relaciones que se establecen entre ella y el hombre. Desde que el hombre alcanza la conciencia de ser superior, añade a las cosas que posee de uso, contenidos religiosos, emotivos, estéticos o de poder, como imágenes que expresan su propia y auténtica existencia.

Podemos entender como colección, un conjunto de piezas que poseen, cada una de ellas, una serie de valores. Estos valores, no son en principio propios, no pertenecen a su naturaleza, sino que somos nosotros los que les damos ese valor especial. Los objetos, no son en principio, hermosos, feos, mágicos, etc., todos y cada uno de estos atributos son añadidos por el hombre, lo que les proporciona un carácter diferencial, unido a un sentido exclusivo.

El museo tiene su origen en el coleccionismo. Las primeras colecciones, aparecen durante la Prehistoria y están ligadas a valores sobrenaturales. Los utensilios comunes, aquellos que eran utilizados en la vida diaria, llegaron a adquirir significados de índole mágica, desde su utilización por el chamán de la tribu.

Con ello, comienza el proceso de descontextualización del objeto, junto a la idea de sustitución. Las pinturas rupestres, los diferentes útiles, venían a remplazar a la realidad, a hacerse eco de la memoria colectiva.

³ Novák, Pavel. “The Role of Collections in the History of Humankind”. Texto inédito del Curso “Collecting Work in Museums”, organizado por el ISSOM y la Masaryk University en Brno (Czech Republic) en 1996. P. 2.

El sentido mágico-religioso de las primeras colecciones, está fuertemente unido a aquello que no es posible explicar racionalmente por el hombre, a lo desconocido, a la muerte. En la prehistoria, encontramos enterramientos que reunían tanto armas o joyas como ropa, comida, etc.

En muchas culturas, aparecen piezas en torno a las tumbas de sus antepasados.

“En la Antigua China, el difunto era acompañado por cerámicas que representaban personas o animales, junto con arcillas que reproducían casas y torres de guardia.”⁴

En Egipto, enterraban a sus muertos junto a una amplia gama de elementos, que variaban según la posición social del difunto. Mientras que los enterramientos de los pobres sólo contaban con utensilios cotidianos, las clases altas se acompañaban de obras de arte y objetos naturales. Esta distinción entre clases sociales, nos indica que el coleccionismo mágico-religioso, estaba muy unido al poder.

Solamente los jefes de las primitivas tribus, podían tener cierto tipo de objetos que les otorgaban un carácter jerárquico. Los adornos eran símbolos de grandeza, de autoridad. Al igual que hoy en día, las joyas, ciertas marcas en ropa o complementos, son un rasgo distintivo de la riqueza y la posición social de la persona.

⁴ Novák, Pavel. “The Role of Collections in the History of Humankind”. Texto inédito del Curso “Collecting Work in Museums”, organizado por el ISSOM y la Masaryk University en Brno (Czech Republic) en 1996. P. 3.

Durante la antigüedad, se produce un gran desarrollo del coleccionismo ligado al poder político.

“En Egipto Amenhotep III, contó con una importante muestra de esmaltes y Thumotse III poseía una colección de plantas en Karnak.”⁵

La religión y el poder, estuvieron íntimamente relacionados en el antiguo Egipto, la figura sagrada del faraón y su carácter divino, llevó a crear importantes colecciones de pintura y esculturas que venían a inmortalizar la grandeza del monarca.

El paso del coleccionismo al museo, se produce en la antigua Grecia, y es justamente en ese momento, cuando se origina el proceso de musealización del objeto, tanto en las colecciones de carácter político como religioso.

Los templos contaban con importantes colecciones fruto de las ofrendas otorgadas a los dioses. En un principio estos exvotos, eran guardados en unas habitaciones exclusivamente dedicadas albergarlos, pero a partir del siglo IV a C., se construyeron junto a los santuarios pequeños, templos llamados *thesaurus*, donde se guardaban las valiosas ofrendas de las ciudades y de los príncipes.

En Grecia, los primeros museos o depósitos de obras fueron estos tesoros que se podían visitar siempre y cuando se pagara un óbolo al sacerdote, y una vez hechas las devociones ante la divinidad.

5 Holman, Pavel. “History Collections in the Past”. Texto inédito del Curso “Collecting Work in Museums”, ofrecido por el ISSOM y la Masaryk University en Brno (Czech Republic) en 1996. P.1.

Había en estos templos unos guardianes llamados *hieropoi*, responsables de las colecciones. La preocupación por los objetos y por la posible pérdida de alguno de ellos, llevó a realizar una serie de inventarios, como control de las piezas. Los sacerdotes eran los que se ocupaban de la realización de éstos, que comenzaban con un registro de entrada de las obras, para pasar, una vez realizado, al inventario general. En estos primeros inventarios, se señalaba: el nombre del objeto, la materia con que se realizó, el peso, características especiales, el nombre del Dios al cual se había hecho la ofrenda, fecha, nombre y nacionalidad del donante.

Ocasionalmente, con motivo de un evento de cierta relevancia, estas colecciones eran mostradas al público.

“Pierre-Maxime Schuhl comenta la intención de Platón de que, con objeto de facilitar la contemplación de las obras maestras provenientes de la inspiración de las musas (...) prevé, junto a los templos, instalaciones provistas de un personal atento para recibir a los turistas que hacen una peregrinación artística”⁶

Realmente, Platón se aproxima al interés existente en nuestros días del papel educativo que juega el museo en la sociedad. Con una visión contemporánea, se cuestiona la necesidad de explicar lo expuesto. Según su criterio, los objetos no deben sólo mostrarse; su valor aumentará si se conocen y se comprenden adecuadamente.

Los griegos coleccionaron una gran cantidad de piezas contemporáneas, sin embargo, sólo durante el periodo helenístico, se comenzaron a co-

⁶ Alonso Fernández, Luis. *Museología: Introducción a la teoría y práctica del museo*. Madrid: Istmo, 1993. P. 49.

leccionar obras de arte antiguo. Durante el Helenismo se crearon importantes Bibliotecas como la de Pérgamo y Alejandría, donde se constituyó el *Mouseion* fundado por Ptolomeo I Soter, concebido como una gran universidad o comunidad filosófica, foro de intelectuales, constituido por centros de carácter científico. Sin embargo, el *Mouseion* no tenía el sentido de exhibición de obras de arte. Las colecciones artísticas de los Ptolomeo, se encontraban en palacio y eran de uso exclusivamente personal, no público.

En Roma, el término *museum* es aplicado a una villa particular donde tenían lugar reuniones de tipo filosófico, nunca se aplicó a una colección de obras de arte; habrá que esperar hasta el Renacimiento italiano para que la palabra posea el significado actual.

Al igual que el término museo procede del mundo griego, muchos de los términos utilizados por la civilización helénica continúan vigentes hoy en día, para expresar diferentes tipologías y especialidades. Cada uno de estos términos, fueron consolidados por Roma y continúa empleándose en la actualidad.

“En el siglo V los Propileos de la Acrópolis de Atenas, contruidos por Pericles —y de cuyos pormenores nos da cuenta Plutarco— estaban dotados de una Pinakothéke en una de sus alas, como describe Pausanias.”⁷

Estas *pinacotecas* situadas en el ala norte de los Propileos de la Acrópolis ateniense, guardaban las tablillas votivas pintadas.

⁷ Alonso Fernández, Luis. *Museología: Introducción a la teoría y práctica del museo*. Madrid: Istmo, 1993. P. 50.

“Nombre que viene de pinas, que quiere decir tabla, pues los cuadros, llamados pinakès, se pintaban entonces sobre madera”⁸

De aquí, que el termino se utilizase posteriormente para los lugares donde eran expuestas las pinturas, como más tarde sucediera con las *gliptotecas* (museos de esculturas) y las *dactilotecas* (colección de camafeos).

Germain Bazin, duda de la naturaleza de estas pinturas, que podían haber sido ejecutadas sobre el muro. Parece que se trata, mas bien, de cuadros móviles que constituían un verdadero museo, pues Pausanias, que las describió, cita las obras de diferentes pintores, entre ellos el gran Polignoto.

“Una banda en mármol azul de Eleusis, muy parecida al cimacio de nuestros museos, subraya la parte alta de los muros en que se exponían las obras. Al igual que los retablos de la Edad Media, los pinakès estaban provistos de postigos para protegerlos: la parte interior del templo de Atenea, en Lindos, conserva todavía la huella del encuadramiento de las pinturas que allí se presentaban.”⁹

En Roma el coleccionismo fue muy similar al griego, pero mientras que en Grecia coleccionaban sus propias producciones, los romanos preferían las obras de arte griegas a las creaciones romanas. El interés que suscitaban las obras llevó a la reproducción y copia de las mismas, gracias a ello, muchas de las obras originales griegas que se perdieron, se pueden conocer por las copias romanas.

8 Bazin, Germain. *El tiempo de los museos*. Madrid: Daimon, 1969. 1ª edición. P. 15.

9 Bazin, Germain. *El tiempo de los museos*. Madrid: Daimon, 1969. 1ª edición. P. 15.

La adquisición de obras griegas, suponía para los romanos un elemento de prestigio, ligado al poder y la riqueza. Las ventas públicas en Roma atraían a una gran cantidad de curiosos que se mezclaban con auténticos profesionales.

“El mercado de obras de arte se celebraba en las vías sagradas y especialmente en las Saepta, donde bajo los pórticos se encontraban almacenes de todo lo que buscaban los romanos.”¹⁰

Los botines de guerra, fueron otras vías para coleccionismo en Roma. Los procedentes de Grecia y Oriente eran el ornato de los desfiles triunfales, posteriormente se destinaban a los templos, aunque el triunfador conservaba su parte.

La preocupación por la exposición de las obras y su conservación llevó a algunos autores como Vitrubio a preocuparse por cuestiones museográficas. Utilizando el término acuñado por los griegos, los romanos construyeron galerías especiales para la mejor disposición de las pinturas.

Vitrubio, arquitecto contemporáneo de Augusto, recomendaba situar las pinturas al norte, porque la luz es igual a cualquier hora y mantiene siempre los colores en el mismo estado.

Roma no tenía ningún museo, según la propia concepción moderna de la palabra. No obstante, la capital imperial, por su riqueza artística, constituía un enorme y magnífico museo. Ejemplo de ello, son las hermosas villas decoradas con estatuas que adornaban sus jardines; como la del Emperador Adriano cerca de la actual Tívoli.

10 Bazin, Germain. *El tiempo de los museos*. Madrid: Daimon, 1969. 1ª edición. P. 17.

Con la caída del Imperio Romano y el desarrollo del cristianismo, se comienzan a producir una serie de cambios en la práctica del coleccionismo. Para los cristianos, los objetos de la antigüedad perdieron su sentido original para adquirir otro nuevo. Gracias a ello, se han conservado las gemas y camafeos antiguos, utilizados en la decoración de los relicarios.

Todos los objetos de las antiguas civilizaciones, eran considerados como tesoros a los que posteriormente se les otorgaba un destino y un significado de carácter religioso. Debido a esta práctica, han llegado hasta nosotros la mayor parte los objetos bizantinos y los más antiguos tejidos de Oriente.

Los primeros tesoros conocidos en la Edad Media fueron reunidos durante los siglos VII y VIII. Las Cruzadas, y los botines adquiridos en las mismas, abren el segundo capítulo de su formación en occidente que eran utilizados con fines religiosos.

Hay que señalar, que la acumulación de riquezas cerca de un santuario, no sólo se encuentra en el cristianismo, sino que existió también en la antigüedad, en el Islam, China y Japón.

“En el Irán actual, tres museos son antiguos tesoros. El más importante está en Mehed (centro del distrito de Korasán) en el noreste de Irán, cerca del santuario que conserva el cuerpo de Imán-Reza, octavo imán chiíta, que en el siglo VIII fue envenenado por el califa Mamun. Su tumba es un centro de peregrinaje para todo el Oriente”.¹¹

11 Bazin, Germain. *El tiempo de los museos*. Madrid: Daimon, 1969. 1ª edición. P. 34.

En Japón los templos, contenían objetos de carácter religioso e incluso profano, relacionados con las vidas de los emperadores, poetas y artistas.

El coleccionismo sufrió un importante desarrollo durante el Renacimiento. La transformación de las colecciones y su nueva concepción, siguieron conjuntas al avance de las artes y las ciencias. Las principales características de este cambio son:

1. La secularización de las colecciones
2. Extensión del coleccionismo a otras clases sociales
3. Nuevas formas de exposición y almacenamiento

“El contenido semántico y la acepción moderna de la palabra museo aparece en el Bajo Renacimiento, cuando el humanista Paolo Giovio (1483-1552), al describir sus colecciones, emplea el término “museum” e incluso lo coloca a modo de inscripción en el edificio donde albergaba sus colecciones.”¹²

Humanista, historiador y latinista, comienza hacia 1520, en su Palacio de Como una colección de retratos, dividida en cuatro series:

- 1- Efigies de sabios y poetas muertos
- 2- Sabios y poetas vivos
- 3- Artistas
- 4- Políticos

¹² Hernández Hernández, Francisca. *Manual de Museología*. Madrid: Síntesis, 1994. P. 63.

En el conjunto de la galería había muy pocos originales; los retratos solían ser copias o bien reproducciones tomadas de medallas, frescos y miniaturas. La estructura creada por *Paolo Giovio*, sirvió durante mucho tiempo como iconografía de personajes célebres.

Las salas de exposición o galerías de arte, tal y como las concebimos hoy en día, tienen también su origen durante el periodo renacentista. Un primer intento, puede encontrarse al final del Gótico con Carlos IV rey de Bohemia y emperador de Roma, que mandó pintar en Karlstejn una galería real. Esta fue pintada por Nicolás Wurmser entre 1357-58. Las pinturas no se han conservado y la única referencia que existe de ellas, son las copias realizadas en el siglo XVI.

Sin embargo, lo verdaderamente destacable de la época, fueron las colecciones de las grandes familias burguesas, que venían a constituir por sus dimensiones y riqueza, verdaderos museos privados. Las más famosas, fueron las de los Strozzi, los Pazzi, los Tornabuoni, los Martelli y fundamentalmente los Médicis y los Gonzaga.

En la colección de los Médicis, se daban cita el arte, la historia y la naturaleza formando un tipo de fondos generales denominados “Theatrum Mundi”, que como cita Bazin,

“(...) eran el sueño de los humanistas universalistas de la época del manierismo.”¹³

13 Hernández Hernández, Francisca. *Manual de Museología*. Madrid: Síntesis, 1994. P. 62.

Cósimo de Médicis, preocupado por la colección familiar formada por objetos de la antigüedad, como camafeos, gemas, libros y sobre todo esculturas y relieves, contrató una serie de conservadores encargados de preservar las colecciones, entre los que destacó el propio Donatello. Sin embargo, el primer inventario fue realizado por Piero de Médicis entre los años 1456-1463, antes de la muerte de su padre Cósimo. En el mismo sólo figuraban los objetos de metales nobles, mientras que las pinturas y esculturas no fueron inventariadas. La colección de los Médicis alcanzó su cenit con Lorenzo el Magnífico, aunque también sufrió grandes daños, sobre todo, durante el levantamiento de Savonarola y la guerra francesa en 1494. Posteriormente fue restaurada y hoy se encuentra en el Palacio Uffizi y en el Pitti.

Durante el siglo XVI y principios del XVII, en Centroeuropa va a ser la monarquía la gran coleccionista de la época. Surgen las llamadas “cámaras artísticas” con ejemplos en Praga, Munich y Dresde. Destaca la de Rodolfo II de Praga, Archiduque de Austria, Rey de Hungría y de Bohemia, que poseía una colección de 800 cuadros, celosamente guardada. Estas obras se destinaban solamente al disfrute del monarca. Los cuadros estaban tapados por una cortina, que era retirada, únicamente, para su propia contemplación.

En España con Felipe II el coleccionismo va a tomar un fuerte auge. El Rey no sólo se preocupó por incrementar las colecciones reales sino que evitó por todos los medios la dispersión de los objetos que había heredado.

Las colecciones eran muy diversas, formadas por miniaturas, pequeños objetos, caprichos, armas, cuadros y libros. Primaba el carácter internacional, como consecuencia de los sucesivos viajes del Rey, sobre todo, en su juventud, a lo que hay que añadir, la labor de los diplomáticos como el Cardenal Grávella, que era el intermediario entre los arquitectos, los artistas flamencos y la corte española.

“Las colecciones de Felipe II no pueden entenderse sin hacer mención al Escorial, edificio emblemático que representó la ideología del nuevo estilo manierista. El Escorial es, además de otras cosas, un Theatrum Totale, un compendio perfecto de las ambiciones coleccionistas de la época, que hará a Lomazzo considerarlo como el primer museo principesco de entre los más insignes de Europa.”¹⁴

La Pinacoteca de Felipe II llegó a tener más de 1.500 lienzos. No sólo era importante la colección que formó en El Escorial sino también existían importantes muestras pictóricas en el Alcázar madrileño y en la residencia de El Pardo, de diferentes escuelas y estilos.

Surgen en este momento diferentes tipos de galerías como las *Kunstkammer* o gabinetes de arte, las *Schatzkammer* o gabinetes de curiosidades de la naturaleza y las *Rüstkammer* o guardarropas de armaduras de parada.

Es la época en la que se empiezan a formar los grandes patrimonios artísticos nacionales de Europa en torno a las casas reales, que serán en un futuro los grandes museos europeos.

Con el desarrollo de la ciencia, la industria y el pensamiento, las colecciones comenzaron a ser públicas, formándose instituciones cuya principal función era la de mostrar los objetos del pasado histórico a la sociedad.

El primer museo público conocido es el Museo Ashmole fundado en Oxford en 1683. Originariamente, fue una colección de ciencias naturales,

¹⁴ Bolaños, María. *Historia de los museos de España: memoria, cultura, sociedad*. Gijón: Ediciones Trea, S.L., 1997. 1ª edición. P. 62.

curiosidades y material etnográfico perteneciente a la familia Tradescants, que tras la muerte de su último heredero John Tradescants pasó a manos de Elías Ashmole. Lord Ashmole compró la colección y construyó un edificio especial que donó a la Universidad de Oxford, ampliándose posteriormente con un laboratorio de química y una biblioteca y contando en 1884 con su primer conservador, Arthur John Evans que aportó al museo un amplio fondo de material arqueológico.

En la segunda mitad del siglo XVIII, aparecen nuevos museos con un carácter público, ejemplo de ello son el Museo Británico y El Louvre.

El primer museo abierto al público en España, es el Real Gabinete de Historia Natural creado por Carlos III en 1777.

Desde mediados del siglo XVIII existe un gusto en toda Europa por el coleccionismo de productos naturales, de ahí que comienzan a formarse museos privados de ciencias naturales. En España, no ajena a los gustos del siglo, se cultiva el coleccionismo científico, sobre todo, durante la época de la monarquía ilustrada.

“Un regalo” de Pedro Franco Dávila a Carlos III fue el origen de la formación del Gabinete.

*“El tal «Museo Dávila» era uno de los más reputados de Europa, considerado incluso superior al del rey francés, por la excepcionalidad de sus ejemplares y por la amplitud de sus fondos”.*¹⁵

15 Bolaños, María. *Historia de los museos de España: memoria, cultura, sociedad*. Gijón: Ediciones Trea, S.L., 1997. 1ª edición. P. 119.

Por esta donación y a petición del propio Dávila, éste fue nombrado director del Gabinete.

El museo ocupó el piso alto del Palacio Goyeneche, en la calle de Alcalá.

“Desde el 4 de noviembre la entrada «al Real Museo se franqueaba a quien gustase de ver y examinar las preciosidades que contiene», señalándose días fijos para la visita pública”¹⁶

Carlos III decidió crear un gran centro del saber universal y su idea era trasladar el museo a un edificio de nueva planta. Para ello, encargó a Juan de Villanueva la realización de un museo que albergase la colección de ciencias naturales. Finalmente esta obra sería Museo Real de Pinturas fundado por Fernando VII, pasando el Real Gabinete de Historia Natural al Palacio de Museos y Bibliotecas del edificio de Recoletos.

Como Museo Real de Pinturas el edificio de Villanueva se amoldaba a los gustos de la época; carácter clásico, traza regular etc. Una vez decidido su nuevo uso y acondicionado el mismo, para albergar pinturas, se procedió al traslado de los fondos pictóricos reunidos por la Monarquía Española durante generaciones.

El Museo Real de Pinturas se inauguró el 19 de diciembre de 1819, con motivo de la llegada de la nueva Reina, Amalia de Sajonia, tercera esposa de Fernando VII.

¹⁶ Bolaños, María. *Historia de los museos de España: memoria, cultura, sociedad*. Gijón: Ediciones Trea, S.L., 1997. 1ª edición. P. 122.

Sin embargo, el acontecimiento no fue tal, ya que no tuvo el atractivo de otros eventos reales, ni siquiera el Rey acudió a la apertura. Se fijó un día a la semana, de visita para público, la mañana de los miércoles de nueve a dos.

El Duque de Híjar, Director del museo durante los años 1826 hasta 1838, recuperó fondos y aumentó considerablemente la colección. Un conjunto de desnudos que se encontraban en la Academia San Fernando por orden de Carlos III, que no deseaba verlos, fueron llevados al museo.

“Para su exhibición se asignó una sala reservada a la que se accedía con un billete especial, para evitar que las damas visitantes tropezasen su vista con las desnudeces de las Ninfas, Ledas y Dianas pintadas por Tiziano y Durero”¹⁷

Un hecho similar se produce en la Academia de Bellas Artes de Pennsylvania, fundada en 1807, y que es considerada como el primer museo público de arte en Estados Unidos. Unas reproducciones de desnudos escultóricos del Louvre, que fueron expuestas en la institución, sólo podían ser visitadas un día a la semana por las mujeres en un pase especial donde no habían hombres, para que la señoras no se sintieran violentas ante la compañía masculina.

La presentación de los fondos del Museo Real de Pinturas, se apoyó en dos criterios: cronológico y geográfico (basado en las escuelas nacionales). Su disposición tuvo muchas críticas al igual que ocurrió con El Louvre.

¹⁷ Bolaños, María. *Historia de los museos de España: memoria, cultura, sociedad*. Gijón: Ediciones Trea, S.L., 1997. 1ª edición. P. 176.

Según Juan José Luna conservador de Pintura Francesa, Inglesa y Alemana del Museo del Prado en la actualidad, en el primer catálogo del museo se tenían registradas 311 obras. Este primer catálogo fue redactado por el italiano Luis Eusebi, conserje mayor y destacado miniaturista de la época. El pintor Vicente López fue nombrado asesor, mientras que el cargo de Director hasta el año 1838 estuvo en manos de diversos aristócratas. El asesor tenía la función de seleccionar e inventariar las obras del museo, mientras que el puesto de Director era honorífico.

El primero que tuvo el Museo fue el Marqués de Santa Cruz. Sin embargo, con la Regente María Cristina se produce un cambio en la gestión del mismo otorgando el puesto directivo no ya a personas con un título nobiliario, sino a destacados artistas de la época.

José de Madrazo fue el primer pintor nombrado director del Museo Real de Pinturas. Durante su mandato adquirió obras relevantes como *La Anunciación* de Fray Angélico. Le sucedió su hijo Federico que siguió aumentando los fondos.

La dirección en manos de pintores de prestigio continuó incluso avanzado el siglo XX y era normal que éstos tuvieran su estudio en el propio museo.

Con la Desamortización de Mendizábal en el año 1837 (Real Orden del 31 de diciembre del 1837), las obras de los conventos madrileños y de ciudades próximas a Madrid pasaron al que será primer museo nacional de pintura, el llamado Museo de la Trinidad, inaugurado el dos de mayo de 1842 y ubicado en el Convento de Trinitarios de la calle Atocha. En el año 1872, el Museo de la Trinidad se unió al Prado aumentando este último sus fondos.

Llegó un momento en que la colección era tan enorme que se produjo un exceso de obras. Tras la anexión del Museo de la Trinidad y la incorporación en 1870 de los cartones de tapices reales, el museo se colapsó; por ello, se enviaron obras a diferentes lugares como colegios, embajadas, ministerios, centros oficiales de provincia y bastante obra a Cuba.

Con la revolución democrática de 1868 (La Gloriosa) se decidió nacionalizar el Museo, integrándolo en el patrimonio público estatal. Será este el momento cuando comenzará a llamarse Museo Nacional del Prado.

Con La Ilustración se asiste al nacimiento de los grandes museos nacionales, que se van desarrollando a lo largo de todo el siglo XIX. Representaban un símbolo de identidad cultural, creándose, la mayoría de ellos, a partir de las grandes colecciones de la monarquía. Surgen también, otros museos como los industriales, tecnológicos, de arquitectura, y artes aplicadas, apareciendo otros nuevos y más especializados durante el siglo XX.

En la actual centuria, es la nueva clase burguesa y adinerada la que ha formado importantes colecciones. En ellas se mezcla el interés por el arte y el placer coleccionista, con el afán de invertir e incluso de especular.

El gusto en el nuevo siglo, no va a estar marcado por la Monarquía o la Iglesia, sino que va a ser “la burguesía” quien determine la estética de la época. Ésta va a convertirse en la primera coleccionista de obras de arte y de cualquier otro objeto que le resulte interesante, o que se relacione con su forma de vida.

El capitalismo, y, como consecuencia, el consumismo desbordante y la especulación, ha afectado al mundo del coleccionismo en los últimos tiempos, sobre todo, en la esfera del arte o del objeto único.

Con el cambio de época, surgen nuevas situaciones que consideran el arte como simple inversión. El objetivo de este tipo de coleccionismo, se basa en creer que al adquirir una obra, ésta con el tiempo aumenta su valor. Sin embargo, la revalorización puede producirse o no, dependiendo de la situación que en ese momento tenga la pieza en el mercado. El especulador actual olvida la satisfacción estética de poseer una obra y como consecuencia, no disfruta de ella. El verdadero coleccionista ama sus piezas, goza con ellas y sueña con aumentar el volumen de su colección. Se mueve por pasiones, no por intereses.

Puede decirse que el coleccionista tradicional es un romántico, protege y amplía la cantidad de objetos que tiene alrededor. El coleccionismo, es la imagen material de la memoria del hombre, de su pasado, del esfuerzo por conservar las vivencias y los vestigios de la humanidad. El museo nace de ese empeño de mostrar a nuestra generación y a las futuras, la cultura que históricamente nos ha sido legada.